



Conocí a Antonio Fontán cuando era el primer presidente del Senado de la democracia, aunque empecé a tratarle con asiduidad en 1979, cuando él era ministro de Administración Territorial en el Gobierno de Adolfo Suárez y yo diputado al Congreso por Santa Cruz de Tenerife y me eligió para que me integrara en la comisión parlamentaria afín a su ministerio y que debía atender a la tramitación de los Estatutos de Autonomía, entre ellos el de Canarias. De aquel trato nació una amistad que se mantuvo hasta los momentos finales de su larga vida. Los dos creímos en los principios de un liberalismo actualizado, nada conservador en el sentido que algunos de sus detractores tratan de aplicarle con intenciones descalificadas y a sabiendas de que coincidiendo con una socialdemocracia también actualizada en los fines, diferíamos en los medios al tratar de liberar las energías de la sociedad y de restringir a lo imprescindible el intervencionismo del Estado y de otras instituciones, conscientes de que el ejercicio de la libertad -única e indivisible-, sin otros límites que los marcados por la ley, es el camino más viable para que la persona pueda alcanzar el bienestar y la felicidad.

Sin ocultar su religiosidad -fue miembro numerario del Opus-, ni su monarquismo -perteneció al Consejo Privado de don Juan de Borbón, hasta su disolución en 1969-, fue asimismo un esfor-

TIEMPO AL TIEMPO

**Juan Julio
Fernández**



Nota, con premura, ante la muerte de Antonio Fontán

zado luchador por la libertad y un maestro de periodistas, como acreditó en su presencia la frente del diario *Madrid* hasta que su sede física fuera dinamitada por no acatar las consignas del franquismo, con la constitución de la cadena SER con don Antonio Garrigues y su hermano Eugenio, y con la fundación y dirección de *Nueva Revista* y otras publicaciones, que con él han sido o son referencias en la acendrada defensa del pluralismo y la libertad de expresión.

Anecdóticamente, recuerdo mi sorpresa cuando al encender la radio por la mañana escuché la noticia de que el Rey don Juan Carlos le había concedido el título de marqués de Guadalcanal y de cómo al llamarle y manifestarle que no sabía que había participado en la batalla de este nombre en la Segunda Guerra Mundial, me siguió la broma y me

explicó que la referencia era al pueblo en la sierra sevillana, limítrofe con la extremeña, en la que tenían una casa familiar y que el nombre se debía a que un antepasado suyo se lo había transmitido a una isla del archipiélago filipino a la que acababa de llegar en una de las expediciones que dieron como resultado su incorporación a la Corona de Castilla.

Me invitaba siempre a comer cuando al ir a Madrid le llamaba y siempre también disfruté de sus finos análisis de la situación política, económica y social del país, en los que siempre prevalecía su alto sentido de hombre de Estado.

Esta última Navidad no conseguí hablar con él, pues la enfermedad avanzaba y hacía estragos. No obstante recibí el opúsculo, con que siempre felicitaba a sus amigos y que cada año se recibía como una joya, no sólo por el análisis y las reflexiones que contenía, sino por las ilustraciones y poemas con que los introducía. En este último, unas certeras consideraciones acerca de don Juan Carlos y su reinado, con un poema del repertorio clásico acerca de los Reyes de Oriente y una reproducción de una xilografía de Alberto Durero sobre el mismo tema conservada en la Biblioteca Nacional.

Como los anteriores, me acompañarán en los años que a mí me sean concedidos y me servirán para encender el recuerdo de quien me dio pruebas de haberme honrado con su confianza, su amistad y su magisterio.